



Representaciones de las víctimas del desplazamiento forzado en la vereda Perrillo del municipio de Sonsón, Antioquia, entre los años 2004 y 2007

ADRIANA MARÍN FRANCO

Asesor

Luis Daniel Botero Arango

Comunicador Social – Periodista

Trabajo de grado para optar al título de

Comunicadora Social – Periodista

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones y Filología

Sonsón

2021

Tabla de contenido

1. Tabla de contenido.....	2
2. Resumen y palabras claves.....	3
3. Introducción.....	4
4. Planteamiento del problema.....	5
5. Objetivos.....	7
5.1. Objetivo general.....	7
5.2. Objetivos específicos.....	7
5.2.1. Objetivo 1.....	7
5.2.2. Objetivo 2.....	7
5.2.3. Objetivo 3.....	7
6. Marco teórico.....	7
6.1. El desplazamiento.....	7
6.2. Memoria histórica.....	10
7. Estado del arte.....	11
8. Metodología.....	14
9. Cronograma.....	17
10. Presupuesto.....	17
11. Resultados alcanzados.....	18
12. Consideraciones éticas.....	18
13. Crónicas.....	19
13.1. Perrillo: el antes y el después de la guerra.....	19
13.2. La música también floreció en las espesas montañas de Perrillo.....	28
13.3. Manos que tejen: sueños, esperanzas, retornos.....	33
13.4. Aún siguen aquí.....	37
14. Conclusiones.....	41
15. Bibliografía.....	43

2. Resumen y palabras claves

Resumen: la investigación buscó comprender las representaciones de las víctimas del desplazamiento forzado en la vereda Perrillo del municipio de Sonsón, e indagar acerca de los acontecimientos que vivieron y cómo la memoria histórica aportó a la construcción colectiva de hechos pasados y de significados compartidos, visibilizando sus relatos a través de un periodismo ético y plural.

Palabras claves: desplazamiento forzado, memoria histórica, periodismo, representaciones.

3. Introducción

Esta investigación se centró en el fenómeno del desplazamiento, abordado desde las diferentes formas en que lo han representado los sujetos que fueron protagonistas en este trabajo, a partir de las condiciones que implicaron este acontecimiento, la manera en que afrontaron el desarraigo de su territorio y la transición después de llegar a lugares desconocidos para empezar de nuevo con su proyecto de vida.

Además, esta investigación da cuenta de una de las innumerables historias de comunidades campesinas que reflejan la misma realidad, esa de abandonar sus tierras, las personas conocidas, los paisajes y sus posesiones más queridas, con la incertidumbre de no saber qué pasará después, y cómo a través del tiempo y la construcción de hechos pasados, la memoria histórica toma lugar en ese reconocimiento individual y colectivo para la comprensión del presente y la posibilidad de hacer proyecciones hacia el futuro.

En el desarrollo de la investigación la realidad se abordó desde una mirada holística en la que se comprendieron a los sujetos con sus múltiples interacciones y complejidades, en relación a distintos contextos, a través de entrevistas abiertas, que condujeron a la narración de historias y de vivencias, reflejando sus pensamientos, sentimientos y emociones.

Finalmente, se escribieron cuatro crónicas con sus diferentes personajes, lugares y relatos. La primera, *Perrillo: el antes y el después de la guerra*, cuenta cómo era la cotidianidad de su gente cuando vivían en su tierra y cómo quedó su territorio después de que quedó deshabitado. La segunda, *la música también floreció en las espesas montañas de Perrillo*, habla sobre las tradiciones musicales en el canto y los instrumentos de cuerda. La tercera, *manos que tejen: sueños, esperanzas, retornos*, hace referencia al tejido particular con la lana de ovejo que nació en ese territorio. Y la cuarta, *aún siguen aquí*, narra la historia de mis abuelos maternos y de mi reencuentro con su historia y a la vez, con mi propia historia.

4. Planteamiento del problema

El desplazamiento forzado se ha constituido como una de las situaciones que muchas familias en Colombia deben afrontar debido a la violencia y el conflicto armado que se ha generado en su territorio. Es el hecho de “privar a un individuo de la posibilidad de decidir si permanece o no en su lugar de residencia. También se le priva de la posibilidad de elegir y materializar su proyecto de vida, el cual se ve abruptamente roto, resultando muy difícil reconstruirlo” (Ceballos, 2013, p.3).

Además, el desplazamiento forzado constituye una situación crucial para las personas que lo viven puesto que deben iniciar un nuevo proceso en su vida al cambiar su ámbito laboral, social y familiar, después de haber pasado por circunstancias trágicas. De esta manera, las víctimas se sienten vulneradas ante la incertidumbre que les genera no saber qué va a pasar. Por ello,

Entre el miedo y la premura del escape, no sólo se dejan atrás los paisajes y las personas conocidas, sino que igualmente se pierden las posesiones más queridas, los documentos de identidad, las fotografías, los recuerdos; pérdidas todas que son a su vez indignas. (Ceballos, 2013, p.3)

En este sentido, la memoria histórica frente a este fenómeno social ayuda a la construcción colectiva de hechos pasados, a reconocerlos dentro de una serie de significados compartidos que hacen parte fundamental de su identidad y de la manera de percibirse en la sociedad y en la forma de relacionarse con los otros y consigo mismos.

Es así como la importancia de la memoria histórica en relación con los hechos trágicos que se vivieron por el desplazamiento forzado, radica en la medida en que la comunidad va a conocer lo que sucedió, entendiendo que,

La exigencia de la memoria no es precisamente que sus hechos sean meros correlatos de la verdad, sino más bien que cada individuo se define en su memoria; es decir, somos una recopilación de hechos y recuerdos que se entremezclan con lo que queremos ser o quisimos ser. (Torres, 2013, p.146)

Por lo tanto, es sumamente importante conocer las condiciones que implicaron el desplazamiento forzado y la manera como las víctimas narran lo sucedido después de abandonar su territorio, de acuerdo a los propios significados y representaciones que han ido construyendo a

lo largo del tiempo. Y a su vez, reconocer la pluralidad en las memorias del conflicto armado y la importancia de que sus voces sean escuchadas.

La presente investigación se realizará en la vereda Perrillo, Corregimiento Los Medios, ubicada a 8 horas de la cabecera municipal de Sonsón, Antioquia. La población de este territorio se vio altamente afectada por el conflicto armado, debido a que este lugar fue corredor estratégico porque se conectaba con los municipios de Nariño y Argelia, en Antioquia, Aguadas y Salamina, en Caldas. “Esto proporcionó que el frente 47 de las FARC se apoderará del territorio desde el año 1983. Posteriormente, la gente empezó a desplazarse desde el año 1994 y, en el 2007, la vereda estaba completamente deshabitada” según (Arias, 2019).

Conviene subrayar la relevancia que tiene el reconocimiento de los hechos que sucedieron en este territorio por el desplazamiento forzado a través de la memoria histórica, para visibilizar las voces de las víctimas, su dignificación, su derecho a la libertad, al expresar y narrar su historia de vida, a través de un periodismo que reconozca las pluralidades en los testimonios y en las formas de contar las experiencias y sucesos vividos, donde se dialogue con la historia y se relate el conflicto desde una perspectiva social, para que las víctimas y sus propias historias personales y colectivas sean reconocidas y escuchadas.

Así mismo, la importancia de hacer memoria a través del periodismo permite que haya un reconocimiento en lo público de las memorias individuales y colectivas que se han quedado en el silencio y en el olvido, entendiendo que:

La memoria no es algo puro. Los testimonios no son la única verdad ni la excluyente, pero pueden ayudar a reconstruir lo que ocurrió realmente. Cuantas más voces se puedan relacionar entre sí, con datos y documentos, más podemos aproximarnos al conocimiento de los hechos desde el periodismo (Ludueña, 2015)

En este sentido, “la memoria intenta preservar el pasado sólo para que le sea útil al presente y a los tiempos venideros. Procuremos que la memoria colectiva sirva para la liberación de los hombres y no para su sometimiento” (Le Goff, 2013, p.1). En esta misma línea, la investigación surgió por el interés de conocer la historia de un territorio ignorado a partir de los testimonios de las víctimas del desplazamiento forzado que contarán los sucesos que marcaron la vida de quienes lo vivieron. Y por medio del periodismo dignificar a las víctimas, hacerlas parte de la historia y no del olvido, a través del reconocimiento público, con base en; ¿cómo han representado sus

experiencias de vida en torno al desplazamiento forzado del que fueron víctimas entre los años 2004 y 2007?

5. Objetivos

5.1. General

Comprender las formas en que se han representado los habitantes de la vereda Perrillo del municipio de Sonsón (Antioquia) como víctimas del desplazamiento forzado por la violencia entre los años 2004 y 2007.

5.2. Específicos

5.2.1. Establecer las condiciones que implicaron el desplazamiento forzado de los habitantes de la vereda Perrillo del municipio de Sonsón (Antioquia) entre los años 2004 y 2007.

5.2.2. Describir las formas en que las víctimas del desplazamiento forzado por la violencia de la vereda Perrillo afrontaron el desarraigo de su territorio por el conflicto armado.

5.2.3. Indagar acerca de la transición que afrontaron las víctimas de desplazamiento forzado después de trasladarse a veredas cercanas y a la cabecera municipal de Sonsón (Antioquia).

6. Marco teórico

6.1. El desplazamiento

El desplazado no solo es despojado de su territorio y de sus pertenencias, también es despojado de su entorno y del mundo con el que se había relacionado antes; situación que atenta con la identidad que se había construido a lo largo de toda su vida, afectando drásticamente la integralidad de las personas por el sufrimiento físico y psicológico que les genera ir sin un rumbo fijo y sin una orientación acerca de lo que va a suceder después.

Este suceso ha ocurrido en medio de la modalidad de un conflicto armado que se ha debatido entre la lucha del poder, el narcotráfico y la economía de la guerra, entre los que han participado: las guerrillas de Las FARC y El ELN, los paramilitares Y El Ejército. Este mismo conflicto ha ocasionado el reclutamiento de niños y niñas, el despojo de tierras, asesinatos selectivos, torturas, masacres y desaparición forzada; delitos contra la libertad, como el secuestro y atentados contra bienes públicos. Esto, a su vez, hace que las poblaciones de zonas rurales o urbanas se desplacen,

afectando no solo las tradiciones culturales sino también las formas de relacionarse con los demás, los imaginarios que se han construido de manera colectiva y los proyectos de vida debido a un conflicto que,

Al sufrir las diversas lógicas de degradación, afecta el desarrollo humano pues obstruye las opciones de las personas como individuos y resquebraja el desarrollo del país en diversos ámbitos como el económico, social, político y de integración. Por tanto, los daños e impactos del conflicto sobre el desarrollo de Colombia han sido profundos, graves y negativos; en este sentido, la guerra ha desviado el curso de la vida de muchos civiles y sus familias y ha estropeado el desarrollo humano al limitar las opciones de una gran parte de la sociedad. (PNUD, 2003, citado en Bautista, 2015, p.5)

En el caso colombiano el desplazamiento ha sido un fenómeno social que se ha inscrito en un contexto de guerra y de violencias que ha generado desigualdad en muchas poblaciones por el despojo de su territorio y de sus bienes, donde se ven enfrentados a altos niveles de pobreza. Además, la misma vulneración de los derechos se extiende por las mismas represiones y violaciones a la integralidad de las personas afectadas, dando lugar a distintas problemáticas sociales e individuales.

La exclusión y expulsión masiva de la población rural es uno de los fenómenos más comunes en el país, son muchos los territorios que hoy están abandonados porque los campesinos no retornaron a sus tierras por razones asociadas al conflicto armado que habían presenciado. No es gratuito que varias de las víctimas estén hoy lejos de su hogar, en las periferias de las ciudades o en otras zonas rurales emprendiendo una nueva forma de vida.

Esta eventualidad en zonas rurales no solo ha afectado duramente a las poblaciones que han sido despojadas de su territorio, a esto también se suma que los diferentes grupos insurgentes se han instalado en lugares abandonados para llevar a cabo actividades ilícitas, ya sea con la explotación minera y de recursos naturales o, en la producción de cocaína o marihuana, generando así más problemáticas sociales en torno al desplazamiento y el conflicto armado.

Además, son muchas las implicaciones que, a nivel social e individual, se pueden generar. En primer lugar, la división de las familias es evidente, en la medida que muchos se dispersan para buscar mejores condiciones de vida, teniendo en cuenta que el destierro de sus lugares de

residencia afecta directamente sus formas de relacionarse consigo mismos y con los demás, generando problemas de identidad cultural y social.

En este sentido, el desplazamiento ha generado una desarticulación social, en la medida que son desarraigados de su vida en comunidad, donde confluyen una serie de representaciones culturales y sociales que han construido a lo largo del tiempo y que son significativas para cada individuo, en la manera que:

El desplazamiento produce una desarticulación social pues supone una ruptura del tejido social comunitario y de los repertorios culturales y simbólicos que permanecían implícitos en la cotidianidad de la misma comunidad. Todas ellas son pérdidas irreparables que dificultarán la reconstrucción de ese proyecto de vida que se ha visto truncado con el desplazamiento. Además, estas rupturas sociales, aparte de impactar el bienestar emocional y trascender a la esfera de las identidades, tienen hondas repercusiones en otras esferas de la vida individual. El tejido comunitario es el que permite que existan relaciones de confianza, de las cuales en gran medida depende, por ejemplo, la estabilidad laboral. (Ceballos, 2013, p.177)

Por otro lado, la misma situación del desplazamiento forzado pone en desventaja a las víctimas en cuestiones de bienestar y acceso a servicios básicos, haciendo que las víctimas empiecen a cuestionarse severamente acerca de su identidad dentro de su contexto actual, dentro de lo que para ellos significa estar en otro lugar, en otras condiciones de vida y adaptándose a otras formas culturales y sociales que no son las suyas. Arias y Ceballos (2013, citado en Ojeda, 2013), consideran que las víctimas cuando llegan a los lugares a los que habían tenido que desplazarse se cuestionaban acerca de su identidad individual en la medida que sus costumbres y maneras de desenvolverse no resultaban pertinentes a los nuevos contextos y su rol cambiaba drásticamente.

Además, en el imaginario colectivo tildan a los desplazados como personas de alta peligrosidad porque se cree que han estado involucrados con las guerrillas y el mismo conflicto, generando que parte de la población mire al desplazado de una manera peyorativa, debido a que:

La sociedad receptora los percibe como seres extraños y peligrosos, activándose de forma inmediata estereotipos como: «si han huido de sus sitios de origen es porque algo tienen que ver con el conflicto armado». De este modo, se desata una serie de representaciones y de mecanismos orientados a degradar, excluir o invisibilizar al desplazado como un otro no digno de reconocimiento en su condición desfavorable. (Cuchumbé, 2007, p. 185)

Teniendo en cuenta lo anterior, es importante mencionar la dimensión de los estereotipos hacia los desplazados y su resignificación como sujetos de derechos, al igual que los demás, que habitan en un espacio donde confluyen relaciones culturales, sociales y familiares, en torno a la construcción de una comunidad local sin diferencias ni señalamientos que atenten contra la integralidad individual y colectiva de quienes están en situación de desplazamiento.

En ese mismo reto de darle a los desplazados un lugar digno dentro de la sociedad, radica la importancia de reflexionar, comprender e interpretar la historia para permitir que las diferentes voces sean escuchadas a través de las narrativas de la memoria, sin excluir realidades ni verdades, en donde:

La memoria histórica se considere algo opuesto a la historia oficial, la cual se muestra inevitablemente como excluyente. La memoria histórica, por su parte, busca respetar las diferentes voces y perspectivas de una manera democrática e incluyente, y da una negativa a versiones heroicas del pasado (Tatjana, 2016, p.6)

6.2. Memoria histórica

En este mismo sentido, la memoria histórica debe reconocerse como una construcción individual y colectiva que está llena de subjetividades y de relatos que se recuerdan, y que son importantes para comprender a cada persona o comunidad a partir de lo que se ha entremezclado a lo largo de la vida, entendiendo que el ser humano se comprende a partir de lo que ha sido su historia, donde se comprenda que:

La memoria no es una radiografía de hechos que se narran objetiva y descriptivamente, sino que hay línea sensible que comprende el conjunto de sentimientos, saberes y pensamientos acerca del pasado y del presente, para poder comprender la creación de las identidades propias (Tatjana, 2016)

Por otro lado, la memoria individual se considera entonces como las narraciones personales y lo vivido por los sujetos. Esta memoria está llena de subjetividad, sentimientos y olvidos, dice Sánchez (2006, citado en Tatjana, 2016). Este tipo de memoria se asemeja a las libertades que cada sujeto tiene al expresar la manera de percibir, sentir y pensar desde lo que es y desde la forma en que recuerda sus experiencias para contarlas y para ubicarse en un tiempo y un espacio determinado.

Por su parte, la memoria colectiva hace referencia a una construcción social que involucra una actividad grupal para recordar y narrar, la cual, desde luego, también implica una visión subjetiva colectiva (Tatjana, 2016). Esta es una manera de pensamiento que tiene que ver con una construcción social y subjetiva donde las memorias colectivas se enmarcan en lo colectivo y son portadores de significados y de una realidad que se elabora grupalmente.

Tanto la memoria individual como colectiva toma relevancia en la medida que los testimonios recobran vida a través de las historias y los recuerdos de quienes van narrando los hechos sucedidos, pues los recuerdos son la materia prima de las narrativas al asignarle múltiples significados y contenidos que difieren entre subjetividades y en la reconstrucción narrativa de los mismos que no solo se definen en su mero discurso sino en la forma de organizar y darle sentido a aquello que vale la pena.

En este sentido, el periodismo abre las posibilidades a la pluralidad de historias y a que las distintas voces de las víctimas sean escuchadas y tengan un lugar dentro de las narrativas, donde se cuenta lo que no se ha contado, permitiendo que se abra el espectro de las diferentes realidades que pueden describirse a partir de los testimonios y verdades y, desde las narraciones de memoria individual y colectiva, teniendo en cuenta que “las formas mediante las cuales se construyen las narrativas del retorno encontramos que dichas narrativas son productos comunicativos que implican la construcción de una historia (el pasado), una intención (lugar de enunciación) y un público (escucha) (Garzón, 2014, p.72).

7. Estado del arte

El desplazamiento forzado ha sido abordado desde la antropología, la psicología, la sociología, entre otras ciencias sociales y disciplinas preocupadas por este fenómeno social que desde la comunicación y el periodismo ha sido igualmente cubierto y cuestionado, con el fin de visibilizar una problemática del contexto colombiano, así como las vidas, experiencias y sentires de las víctimas.

De este modo, en la investigación de Muñoz (2014) se explica que hay una naturalización del problema y por ello no se dimensiona el efecto que este tiene frente al desarrollo del país, se niega la importancia de transformarlo; aún hoy el desplazamiento forzado sigue siendo un tema de minorías, a pesar de su complejidad y continuidad. Medio siglo de conflicto no ha sido suficiente

para alcanzar niveles de conciencia que permitan entender el dolor de miles de campesinos que llevan en su piel las huellas del conflicto.

En este mismo estudio se evidenció la importancia de la memoria histórica de las víctimas para poder reconocer conscientemente lo que ha pasado y así, mirar el presente de una manera diferente, entendiendo que:

Cuando las personas han sido víctimas de otra modalidad de violencia, y cuando emprenden procesos de memoria histórica avanzan en el esclarecimiento y construcción de narrativas propias, constituyéndose en sujetos políticos en la medida que hacen uso de sus derechos y conocen de la importancia de la Verdad, la Justicia y la Reparación. (Muñoz, 2014, p.146)

Desde un contexto general, el desplazamiento ha sido masivo en toda Colombia y las razones por las que ha ocurrido son diversas, en ciertos territorios hay particularidades que se pueden leer desde los significados históricos y representaciones sociales que las personas tienen referente a lo que ha pasado. Antioquia figuró hasta hace poco como el principal departamento expulsor de población, pero en el último informe del Codhes (Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento) lo reporta en segundo lugar con 29.216 personas víctimas de desplazamiento forzado, estando en primer lugar el Valle del Cauca con 32.892 (Muñoz, 2014).

En este mismo sentido, una investigación sociológica hace algunas aproximaciones al fenómeno del desplazamiento en la zona del oriente antioqueño en relación con las formas de expulsión que se han generado debido a:

La agudización de un conflicto armado que repercute de manera directa en los desplazamientos de población. Entre 1998 y 2004, el periodo más intenso del desplazamiento, grupos de población provenientes de veredas y corregimientos pertenecientes a la zona de embalses, bosques y páramos se dirigieron hacia las cabeceras municipales y hacia Medellín. Aunque el desplazamiento “gota a gota” es la modalidad predominante, de manera periódica se han producido éxodos de población, especialmente en las zonas del páramo y de bosques. (Jaramillo, 2007, p.161)

Así mismo, en las historias se encontraban los motivos por los que las personas se desplazaban y huían de sus territorios, apuntando a que existía:

Un elemento común en los relatos de los grupos de población con los cuales entablamos relación es el establecimiento de una diferencia entre un periodo de relativa tranquilidad (presencia de la

guerrilla y en algunas ocasiones del Ejército) y la llegada del “conflicto armado de verdad”, asociado a la disputa entre los que se denominan “grupos al margen de la ley” para apoderarse de las tierras y los recursos naturales de la región. (Jaramillo, 2007, p.152)

En este tipo de apreciaciones se revela el arraigo de una cultura de la desconfianza muy propia de lugares en donde se ha vivido con mayor intensidad la confrontación armada, y que se plasma en lo que De Roux (2003) ha denominado unas “sensibilidades colectivas homogéneas”, resistentes a las transformaciones en las que pueden tener alguna injerencia actores diferentes a aquellos con los que siempre se ha tenido relación. También en ello se puede leer el peso de una visión idealizada de lo local y lo comunitario como lo bueno y lo puro, en riesgo de ser contaminado.

Dentro del proceso de reconstrucción de la memoria histórica es de gran importancia observar desde los tipos de resistencia que las comunidades han tenido frente al conflicto armado y también las estrategias que han utilizado para proteger su vida. Según Chávez, Caballo y Quijano (2016), para el caso del Piñal, Sucre, fueron identificados varios actos de resistencia como el tratar de cubrir las necesidades básicas de las personas que retornaban a los territorios y también las negociaciones con los grupos armados para continuar en su territorio. El proceso de reconstrucción de memoria histórica adelantado en la vereda El Piñal permitió conocer el relato de estos hechos desde la perspectiva de las víctimas y, de esa manera, contribuyó en el proceso de reparación de los daños causados a la comunidad, principalmente el daño moral producto de la estigmatización, en la medida que permitió dignificar la memoria de las víctimas y dejar claro que las personas asesinadas eran miembros de la comunidad.

En un estudio reciente realizado en los barrios de La Ladera Manrique en la Ciudad de Medellín, las trayectorias de llegada de los habitantes de los barrios evidencian dos movi­lidades sociales que deben ser entendidos en sus diferencias y entrecruzamientos: las rurales, marcadas por la violencia política y procesos migratorios; y las urbanas, acentuadas por la violencia armada, en algunos casos con matices políticos, pero en la mayoría de ellos por un control territorial. Estas han estructurado y complejizado la observación de los efectos del desplazamiento en la ciudad. Hacer conscientes las rutas, los lugares de origen y las causas de estos movimientos permite avanzar en la comprensión del fenómeno y en el desarrollo de acciones que involucren los acervos socioculturales en la intervención de este (Aristizábal, Cárdenas y Rengifo, 2018).

Por otro lado, Halbwachs (2004, citado en Chávez, Caballo y Quijano, 2016) señala en su investigación la importancia del carácter social que tiene la memoria histórica debido a los pensamientos que se construyen en el colectivo, donde se permite que haya una evocación de los hechos determinando qué recuerdos han prevalecido y cuáles no, dependiendo de la importancia que para cada personas tiene, teniendo en cuenta que muchas veces los recuerdos que están más presentes son aquellos que son compartidos colectivamente, permitiendo el esclarecimiento de los actos de violencia y desplazamiento, el restablecimiento de derechos y su inserción en una sociedad donde puedan potenciar de nuevo su proyecto de vida.

8. Metodología

Esta investigación se inscribió dentro del paradigma interpretativo en la manera que los hechos y su interpretación resultaron como un proceso “circular” en el que la secuencia no siempre fue la misma y varió con cada estudio (Hernández, Fernández y Baptista, 2014), preocupándose por la construcción de realidades que están inmersas dentro de un fenómeno social o individual y que se relacionan con los distintos contextos en la medida que una realidad es dinámica y diversa. Así que, no es una cuestión de métodos y técnicas sino una forma de entender los fenómenos mediante una mirada holística que propenda por la construcción de un conocimiento que se preocupa por las interacciones de los sujetos a investigar y de las complejidades que conforman los sucesos en la totalidad de sus partes como es el caso del tema que se está tratando.

En este sentido, la realidad se fue definiendo a través del conocimiento y el análisis de ciertas situaciones para poder explicarlos, comprenderlos e interpretarlos de acuerdo al contexto donde se desarrollaron, sin la necesidad de llegar a conclusiones generales, sino de ir describiendo las particularidades que pueden existir en cada situación.

Así mismo, la investigación se abordó desde un enfoque cualitativo donde se generaron planteamientos referentes al tema, antes, durante y después de la recolección de datos y luego se fue enfocando de acuerdo a las interpretaciones que se hicieron de la realidad, teniendo en cuenta la profundidad de significados, la riqueza interpretativa y la contextualización del fenómeno para lograr un mayor acercamiento al conjunto de contextos donde convergen distintas realidades que pueden ir modificándose a medida que avance la investigación (Hernández, et al., 2014).

Desde la aproximación cualitativa se entendió que las diferentes perspectivas o concepciones que tienen los individuos son la materia prima de este enfoque que tomó gran relevancia en la interpretación y la pluralidad de los pensamientos, representaciones, expresiones y subjetividades, donde no existió una manera única de ver y entender el mundo y las situaciones, sino a partir de múltiples verdades que dieron cuenta de un contexto y una historia particular.

El desplazamiento forzado es un tema que se ha conocido y se ha abordado desde diferentes investigaciones en Colombia y Latinoamérica, por ello, este trabajo se realizó desde un alcance descriptivo para mostrar y contar con precisión los distintos ángulos y dimensiones de las historias de vida que fueron narradas por las víctimas seleccionadas. Con los estudios descriptivos,

Se buscó especificar las propiedades, las características y los perfiles de personas, grupos, comunidades, procesos, objetos o cualquier otro fenómeno que se someta a un análisis. Es decir, únicamente pretenden medir o recoger información de manera independiente o conjunta sobre los conceptos o las variables a las que se refieren, esto es, su objetivo no es indicar cómo se relacionan éstas (Hernández, et al., 2014, p.92)

Por su parte, los diseños narrativos comprenden la sucesión de hechos, sucesos, procesos y eventos que están directamente relacionados con las distintas expresiones de un individuo cuando está contando una vivencia y se entremezclan sentimientos, pensamientos y emociones. Estos se centran en las narrativas que son entendidas como historias que se conectan cronológicamente en el espacio-tiempo (Czarniawska, citado en Hernández, et al., 2014).

Las narrativas constituyeron un papel fundamental debido a que permitieron un acercamiento a un individuo y a un grupo de personas por medio de biografías e historias de vida que se centraron en la recopilación de testimonios individuales en un contexto social, que dio cuenta de ciertas situaciones, realidades o fenómenos. En este caso, fue importante abordar la investigación desde un diseño narrativo porque permitió con los diferentes instrumentos de recolección de datos la obtención de experiencias personales, familiares, grupales y sociales que otro diseño no permitiría para lograr el objetivo de la misma investigación.

Por otro lado, los sujetos de la investigación se seleccionaron por casos que apuntaron a distintos propósitos asociados a las particularidades de lo que se investigó. Este estudio se inscribió bajo las muestras homogéneas en las cuales “las unidades que se van a seleccionar poseen un mismo perfil o características, o bien comparten rasgos similares. Su propósito es centrarse en el

tema por investigar o resaltar situaciones, procesos o episodios en un grupo social” (Hernández, et al., 2014). Con este tipo de muestra se definió los casos más representativos del segmento de población, teniendo en cuenta las siguientes características comunes: víctimas del desplazamiento forzado entre el año 2004-2007, que fue el periodo más álgido del fenómeno, personas que fueron obligadas por la guerrilla para realizar actividades peligrosas para proteger su vida y el conflicto interno que padecieron al soportar enfrentamientos por vía aérea y terrestre cuando incursionaron en el mismo lugar los distintos grupos armados: el Frente 47 de Las FARC, El ELN, El Ejército y los paramilitares. Abordando así varios de los sujetos a investigar con el fin de narrar la memoria individual y colectiva a través de cuatro crónicas periodísticas.

Además, se hizo uso de la crónica como un género periodístico que permitió mayor libertad en las narraciones, al exponer la visión y crítica propia del autor y por la utilización de un lenguaje narrativo que tomó herramientas de la literatura. Esto para darle un sentido más profundo, acentuando la realidad de los hechos a través de los diferentes tiempos en que se ubican los lugares y personajes que son fundamentales para reconocer las metáforas con que narran sus historias, su desplazamiento y su sentir, en el que,

“No te cuentan las historias fáciles, habla de otras personas, habla de otra manera, trata de pensar un poco más las cosas, de contar con un poco más de tiempo, de mejorar la forma en que eso se cuenta. Es una tentativa de hacer buen periodismo en última instancia” (Caparrós, 2016)

En cuanto a los instrumentos que se utilizaron, es decir, las técnicas de recolección de datos e información más pertinentes al tema, al contexto y al diseño metodológico están las entrevistas abiertas que, según Hernández, et al., (2014) se fundamentan a través de una guía general donde el entrevistador tiene toda la libertad para ir introduciendo contenido a la entrevista y manejarla de acuerdo con las dinámicas que se vayan dando en la aplicación de las misma y conforme avanza el trabajo de campo. Este método otorgó mayor libertad en la interacción, por medio de un clima conversacional informal, donde hubo ciertos ítems que, de alguna manera, guiaron el contenido de lo se iba a preguntar, pero estuvo sujeto a algunas modificaciones en ciertos momentos.

Estas entrevistas abrieron mucho más el espectro de los testimonios de las personas y no sintieron la presión de ligarse a preguntas cerradas, sino que se generó un espacio de conversación donde hubo un intercambio de información y significados en el que las personas no estuvieron limitadas al hablar y pudieron expresarse con mucha más libertad y espontaneidad. Es así como

este instrumento hizo parte fundamental de la biografía, que se inscribió dentro de las técnicas de recolección de datos cualitativas. Está puede ser de carácter individual o colectiva, de acuerdo al contexto y a los requerimientos, donde se utilizan entrevistas a profundidad que sean mucho más detalladas y rigurosas en el sentido en que se aborden temas más desmenuzados, también se utiliza la revisión de documentos con el fin de obtener más información y perspectivas (Hernández, et al., 2014). Su objeto principal fue el de análisis y la interpretación que el investigador realizó de los relatos que las personas hacen acerca de situaciones o momentos concretos, es decir, una historia narrada que permitió multiplicidad de enfoques y subjetividades.

En las técnicas de recolección de datos se puede concluir que, es indispensable una observación donde el investigador se pone en contacto personalmente con el hecho o fenómeno que trata de investigar y recoge la información desde afuera, sin intervenir para nada en el grupo social que se ha estudiado, con el fin de entender y codificar las distintas características, formas y maneras que engloban el fenómeno desde un lado descriptivo e interpretativo (Hernández, et al., 2014).

9. Cronograma

Actividades	Julio			Agosto			Septiembre			Octubre			Noviembre			
Corrección del proyecto de investigación	X	X														
Selección de la muestra			X													
Diseño de instrumentos			X	X												
Visita al territorio					X											
Diseño y aplicación de consentimiento informado					X											
Aplicación de entrevistas abiertas					X	X	X	X	X							
Recopilación de historias de vida					X	X	X	X	X							
Registro fotográfico							X	X	X							
Revisión de documentos									X							
Revisión de las unidades de análisis						X				X	X					
Análisis de los datos cualitativos											X	X				
Redacción del texto periodístico									X	X	X	X				
Edición del texto												X	X	X		
Informe final														X	X	

10. Presupuesto

Para la realización de la investigación se requirieron algunos recursos económicos y materiales que fueron necesarios para llevar a cabo lo que se había planteado y para lograr los objetivos propuestos, considerando que el resultado final dio cuenta de un ejercicio juicioso y de calidad investigativa, académica y periodística, por ello, se realizó un balance presupuestal para cada una de las actividades requeridas.

Concepto	Valor
Computador	\$2.800.000
Cámara fotográfica	\$2.000.000
Grabadora de voz	\$95.000
Viáticos	\$300.000
Refrigerios	\$50.000
Materiales para dibujar y escribir	\$30.000
Profesional de apoyo	\$0
Guía de la zona	\$0
Total	\$5.275.000

11. Resultados alcanzados

Aportar a la construcción de la memoria histórica de un territorio que ha sido vulnerado por la violencia y el conflicto armado, ya que actualmente está deshabitado y para las víctimas fue importante contar lo sucedido para que sus voces fueran escuchadas. Por ello, se realizó un producto periodístico que les permitiera verse y reconocerse como parte de un momento trágico e histórico que marcó sus vidas y que hace parte de su recuerdo, donde las memorias son portadoras de significados y realidades, desde las cuales, las víctimas, de forma individual y colectiva, reconocieron que tienen un pasado en común, un presente y un futuro en el que deben desenvolverse. Y que, desde estas memorias, pueden darle un sentido a lo ocurrido y, así, contribuir a los procesos de reparación y dignificación de lo vivido por cada una de las víctimas.

12. Consideraciones éticas

Esta investigación se realizó bajo principios éticos y de respeto hacia las víctimas del desplazamiento, teniendo en cuenta que cada cultura, grupo o individuo representa una realidad única que debe ser respetada, generando así un espacio en el que los participantes narrarán sus experiencias y perspectivas de vida sin tener ningún juicio de valor. También se procuró que en cada entrevista no se indujeran respuestas o comportamientos, para que pudieran expresar de manera libre y espontánea sus realidades y subjetividades. Además, se realizó un consentimiento informado en el que se aclaró el tipo de información que se iba a utilizar y de los posibles usos de la misma por medio de un consenso serio y ético, para asegurar la confidencialidad y el buen nombre de los sujetos que hicieron parte de la investigación, advirtiéndoles que, el documento iba a ser reproducido por parte de la autora de manera total o parcial, buscando precisamente que se conocieran las historias y que se hiciera visible su situación. Y por último se planteó un ejercicio de devolución a las personas, tanto del documento escrito, como del material producido.

13. Crónicas

13.1. Perrillo: el antes y el después de la guerra

Dicen que aquellos lugares que han quedado muertos y silenciados por el olvido, se convierten mágicamente en vida cuando sus historias renacen. Historias que tienen el poder de resurgir entre las ruinas y los estragos del tiempo, los años, la alegría y la nostalgia.

Hace un par de días el recorrer un lugar alejado geográficamente y distante de los que habían sido sus pobladores se hacía inimaginable. “Partes agradables y acogedoras, una topografía muy bonita, habían muchos animales. Era como un cielo. Y me acuerdo que la gente que iba por allá no quería volverse. Y ahora todo es desolador, como aburridor”, dice María Ismelda. Así se escuchaban conversaciones, a veces agitadas y otras con silencios largos e interminables, que aquel lugar recóndito, entre la selva espesa, sus robles indomables y el fuerte caudal del río, habían terminado con aquellos senderos despejados por donde se caminaba fácilmente, con las extensas llanuras de ovejos y con las majestuosas casas de madera.

Siendo las 2:00 am, María Ismelda Franco, mi madre, con sus ojos profundos de color miel característicos y su tez blanca, preparaba la comida para llevar ese día, y Fabián Loaiza, primo de mi padre, un hombre alto de contextura gruesa, quien trabajó en La UMATA (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria) con proyectos de ovicultura en la vereda Perrillo, deseaba ansiosamente ver cómo estaba el territorio después de haber pasado tantos años de no ir.

El reloj marcaba las 4:10 am, ya no había carreteras, ni casas cercanas, solo un camino de tierra amarilla empinado, y con mil curvas, unas cerradas, otras abiertas, que cambiaban a medida que iban apareciendo bosques y potreros. En uno de sus puntos mi madre se detuvo y dijo con su voz agitada: “Acá donde estamos parados llegaron dos aviones artillados y dejaron un saldo de muchachos del frente 47 de Las FARC en el piso tirados: unos se retorcían, otros estaban despedazados y otros corrían para salvarse”. Cuando pasé por el punto exacto, mis pies no querían pisar fuerte, sentía que todavía había tanto allí, que decidí andar suavemente, y echar en mi bolsillo un poco de aquella tierra.

Después de subir la colina, una puerta de madera fue abierta por Josué, un viejo amigo, que siempre ha vivido en el campo y conoce mejor que nadie cómo son las travesías de los caminos y los secretos que esconden las montañas. Él era el que siempre estaba pendiente de nuestro

cansancio y de las condiciones en que debíamos montar en el caballo. Cuando cruzamos esa puerta había algo distinto en todo. El camino ahora estaba lleno de hojas secas, bosques menos poblados y un viento fuerte que zumbaba en mis oídos. Unos metros más adelante, en las últimas montañas se veía Perrillo, expandiéndose de polo a polo, como una nube que va y viene. Una vereda ubicada a 8 horas del casco urbano del municipio de Sonsón que limita con el departamento de Caldas y que fue presa de la violencia. Allí vivieron en el momento de mayor resplandor alrededor de 48 familias, que debieron salir desplazadas por el conflicto hacia el año 1994 y que hoy está completamente deshabitada, pues sus 214 salieron desplazados, algunos hacia Sonsón, otros hacia distintos municipios de Caldas.

El frío de aquella mañana hacía un rato que había bajado y hacía calor. Al lado izquierdo un majestuoso amanecer de colores vistosos y claros llenaban de esperanza el momento, era el amanecer más lindo que jamás habíamos visto: “Esto solo es una de las muchas bellezas que veíamos en Perrillo, fuera de todo lo demás que había, la naturaleza, la fauna, las casas, los riachuelos”, expresa María Ismelda con alegría y nostalgia a la vez.

Han pasado tres meses desde ese día y no he logrado ver otro igual. Al cruzar Quebrada Larga, un camino estrecho, con ramas que obstruían el paso dejaba ver lo mucho que había cambiado todo. Ahí empezaba lo que un día fue Perrillo. María Ismelda, había nacido y crecido allí, su tierra natal. Empezaba a decir que cómo era posible que los caminos hayan desaparecido así tan fácilmente. Escasamente pasaba una persona con un morral, y antes pasaban bueyes y mulas cargados de carbón, madera, papa y maíz. “Todas estas tierras eran productivas y hermosas, la gente vivía de lo que cosechaba en la finca, de los animales, de la madera. Por acá tenían todo”, expresa Fabián asintiendo la cabeza.

Otra puerta nos esperaba en la próxima colina. Divisamos algunos potreros con ganado, quizás los únicos que veríamos. Más adelante dos casas semidestruídas, sin color, sin puertas, sin ventanas, nos miraban sin decir nada. Sus patios estaban cubiertos de hierba, sus habitaciones vacías y sin su gente. Si ellos aun estuvieran ahí, hubieran salido a nuestro encuentro con una limonada para calmar la sed, pero ya no estaban, se han ido, sin querer, sin desearlo... “Ay que pesar, yo me acuerdo que esas casas de por acá eran tan bonitas y grandes, no tenían peros y lo mejor de todo es que eran esos gentíos porque las familias eran muy numerosas”, dice Josué.

Seguimos los cuatro, sin descanso, sin reparos, pero viéndolo todo y no viendo nada. Un bosque más espeso, más fresco, con olor a pino y a drago. Sentía que mis pulmones se oxigenaban con un aire tan natural, pero ese silencio desbordante me estaba ahogando. Por muchos momentos nos parábamos al frente de un árbol, necesitábamos escuchar a alguien así no entendiéramos lo que decía. Lo necesitábamos. Dos metros antes de bajar al puente del río Perrillo nos detuvimos. No sé por qué. Pensábamos en los muchos seres humanos que lo cruzaron. Unos iban a su casa con su mercado y su familia, felices para llegar a su hogar de siempre. Otros pasaron huyendo de sus enemigos haciendo eco con el caudal y los disparos. Otros quedaron inertes mientras caían en el vacío y en el filo de las piedras blancas.

Fue así como desde principios de los años 80 empezaron a llegar los grupos armados y a esparcirse en las montañas. Según Rocío Arias, “Los del frente 47 de Las FARC llegaron desde el 1983, no eran más de 7 muchachos y andaban de civil”. Posteriormente este grupo armado fue creciendo en sus filas, mientras tanto, otro grupo pensaba conquistar el mismo territorio. “La primera vez que llegaron allá los de El ELN fue en el año 2003. A la casa fue una mona y dos morenos. Esa muchacha me convidaba mucho que nos fuéramos pa' la guerrilla. Y que si uno se aburría volvía a salir, pero eso era mentiras. Yo le dije que no dejaba a papá y a mamá.”, expresa Luz Dary Franco, una mujer humilde, de un carisma arrollador, hermana de María Ismelda.

Después de la disputa entre las guerrillas del frente 47 de Las FARC y El ELN, El Ejército incursionó en Perrillo a finales del año 2004 desatando enfrentamientos y bombardeos. “Cuando veían que El Ejército estaba cerca armaban esas minas en La Quiebra, una parte donde solo había un camino para ir selva adentro. Mientras nosotros estuvimos allá el Ejército no era capaz de pasar de Boquerón, un morro que limitaba con la vereda Las Cruces. Cuando nos vinimos, a los 15 días dentro El Ejército y cayeron muchos soldados, se metieron por tierra y aire”, expresa Marina Henao, meciendo sus hombros.

En aquel recorrido y en aquel puente que pisamos, otros lo cruzaron dejando todo, pero con la esperanza de regresar algún día. Era gente que había vivido desde muchas generaciones atrás y que habían construido su vida en Perrillo, una de las culturas más antiguas del municipio de Sonsón, de familias numerosas, con costumbres y tradiciones particulares. “Mamita Hermilda me dijo que las familias Cardona, Henao, Betancur, García, Arias, y Valencia habían vivido siempre

en Perrillo y quedaron sus descendientes. Muchas familias murieron por allá y no dejaron descendientes como los Cardona”, dice María Ismelda.

Luego, María Ismelda, se detuvo en la mitad del puente con su mirada pérdida. De un momento a otro cierra sus ojos y los abre después de un par de segundos. Se sujeta de una de sus barandillas y dice: “Si este puente está así como estará lo otro”. Ya no parecía un puente, sino un camino desgastado y abandonado: una capa de pantano superaba los 15 cm, los bejucos cubrían gran parte de sus laterales, y las hojas secas intentaban disimular aquellas huellas imborrables que nadie se atrevía a nombrar.

El recorrido continuó, ahora una peña resbaladiza nos esperaba, más piedras sueltas, y un camino más estrecho y húmedo. Josué, el hombre de campo y con experiencia iba adelante haciendo una brecha con el machete en sus manos y la fuerza de sus pasos que nos hacía seguirlo. Sentíamos que los pies estaban en chispas y con dolor, pero nada podía detener nuestro trasegar. María Ismelda empezó a ver un escenario desolador. Una puerta desgastada por tantos años de lluvia y unas cuantas tablas sin más fuerza estaban inclinándose hacia el suelo. “¡No puede ser! La casa se cayó ya no resistió más, la casita era tan bonita. Ahí vivía mi tío Luis. ¿Dónde están los potreros? ya ni siquiera se ven”, dijo con su voz agitada. Más arriba a mano izquierda había un camino que todos prefieren no mirar o mirarlo de reojo, por ahí se dirigían las guerrillas del frente 47 de Las FARC y El ELN al corredor estratégico que se conectada con los municipios de Nariño y Argelia, en Antioquia y Salamina, y Aguadas, en Caldas.

Cuantas historias inimaginables, voces cortadas, suspiros de miedo, nostalgia, y muerte quedaron soterrados al mismo tiempo con el que salía una bala de un fusil. “Cuando estábamos para acostarnos asomaron dos linternas en La Quebra, ¡Ay madre querida! Nos acostamos todos en una misma pieza, los niños todos en una cama y nosotros en la otra. Y cuando tocan la puerta, y decían nuestros nombres unas voces que no eran conocidas. Fernando mi esposo le toco salir, yo salí pegada de él ¡Aquí nos van a matar a los dos! Pensé que nos iban a matar a todos”, dice Marina Henao, con sus ojos llorosos, recordando los momentos en que Las FARC y El ELN transitaban por el camino que pasaba junto a su casa y que conducía a las profundidades de la selva.

Después de otras mil vueltas, llegamos a una campiña más despejada, había pinos dispersos y una palma tan alta que se perdía entre las nubes. Un camino a punto de desaparecer nos llevó hacia otra casa, desplomada por un árbol, y marcada con unas letras negras que ni los años han borrado:

ELN, muerte a los sapos. Así mismo, en medio de un jardín una rosa fucsia florecía entre la hierba y los estragos del abandono. Ella había resistido, al igual que Emilia Valencia, la mujer que la plantó con amor y esperanza. Fernando Arias, su hijo, cuenta que ella se quedó hasta el final: “Mamá decía que no se quería venir de allá, que quería morir tranquila con papá así estuviera eso por allá en tanta guerra. A mí me dolió mucho dejarlos, pero yo cada 15 días les llevaba el mercadito”. Decía que quería morir ahí, tranquila y con su esposo al lado. Pero en el año 2004 el frente 47 de Las FARC, El ELN, El Ejército Nacional y los paramilitares, estaban en el momento más álgido y de la guerra expandida a toda la comunidad de Perrillo. A Emilia no le quedó de otra que salir corriendo, al igual que todas las familias.

Otro camino nos llamaba. La tierra amarilla había vuelto y ahora acompañada de una botella vieja de vidrio del licor tradicional menta de Caldas. Me preguntaba quien la habían dejado ahí y desde cuándo. Cuando llegamos a la cima no había hacia dónde mirar, todo estaba poblado de árboles robustos y de caminos sepultados por la maleza; algunos no se veían y no quedaba más que imaginarlos. La Quebra, era ese lugar, un morro que quedaba en una de las partes más altas, donde se divisaba para el río Perrillo, para algunas casas que quedaban a uno de sus costados y para Caldas Alto. “Recuerdo que allá se encontraban muchos niños para ir juntos a la escuela, pero después Las FARC utilizó ese sitio para ponerle minas al Ejército. Ahí cayeron muchos soldados”, dice María Ismelda, la mujer de ojos miel.

Al otro lado de la quebrada, un humedal camuflado nos hizo retroceder. La casa situada a unos cuantos metros estaba con sus puertas cerradas y pensamos que tenía cada uno de sus objetos ubicados en su misma posición, por un instante sentí cierto alivio. Al final todo no estaba destruido ¡Hay una casa en pie, hay una casa enterita, no se ha caído! Pensaba yo. Cuando terminamos de subir las escalas de madera un silencio detuvo el tiempo así sin verlo venir. Una mesa atravesada, sin quererse mover e interminables despojos se extendían por todo el corredor. Una habitación con una cama y sin un colchón solo tenía la compañía de un viejo zapato mirando hacia la izquierda. La otra habitación con esa ventanita pequeña y rectangular que andaba abierta y que miraba hacia afuera como si quisiera escapar, quizás estaba cansada de ver siempre a sus pies la ropa rasgada junto a los cuadros destruidos que ya no tenían arreglo. Una nota en el suelo que decía: ¡Feliz día de la madre! Por más que quisiéramos conservarla, pertenecía a Perrillo.

Al salir de allí, buscamos la forma de no dar la espalda, no quería irme sin antes despedirme por enésima vez. Otra casa al lado derecho se escondía entre un silencio aterrador. Solo había quedado un avío de caballo, una mesa pequeña en el corredor y dos huecos profundos por el impacto de un par de granadas. Josué, con esa picardía en su cara, no se demoró en decir que recordaba aquellas épocas en las que salía desde la vereda El Rodeo con sus tíos y algunos amigos en cabalgata para visitar a doña Lilia y a sus seis hijas, las que de inmediato armaban una fiesta con buen baile, licor y buena comida para sus visitantes. Perrillo era música, era danza, alegría. Allí se tocaba el tiple y la guitarra con don Lope y Arturo Henao, los dos hermanos que animaban todas las fiestas. Según cuenta Regina Hincapié, la esposa de don Lope: “Ellos eran las inminencias musicales de la vereda y cantaban las mejores canciones de la época con todo el sentimiento. No había ningún cumpleaños o bautizo sin su presencia”.

En el cerro siguiente, tomamos un poco de aire para disipar la tensión y el cansancio dibujado más allá de nuestros rostros. María Ismelda, por un momento se quedó en silencio y luego empezó diciendo: “Aquí había otra casita, era toda bonita. A sus alrededores solo habían matas de cabuya, y así llamaban a las muchachas que vivían aquí. Ellas ahora están en la zona urbana del municipio de Sonsón”. No parábamos de observar y de movernos de un lado al otro intentando imaginar cómo era; ya no quedaban rastros, solo había hierba y maleza. Fabián asintió la cabeza y dijo: “Conocí esto por acá en pleno apogeo de la gente, del vivir bien, de los ovejos... es un contraste triste al ver las casas abandonadas y ver lo que quedo de la guerra”. Esta vereda estaba poblada de rebaños de ovejos, su lana era utilizada para la elaboración de ruanas, cobijas, alfombras para caballo y cojines que se distinguían por el tradicional tejido perrileño.

Otra puerta de madera nos cedió el paso, pero a unos pocos metros, los fértiles helechos habían sobrepasado los límites y hacían el paso casi imposible. María Ismelda y Fabián insistían que debíamos devolvernos, Josué y yo decíamos lo contrario. Pasamos como pudimos, desafiando todo: las incomodidades, el sudor, el chispeante sol, los palos incrustados en la piel y una que otra cicatriz.

Dos pupitres volteados y una banquita a su lado nos recibieron. Libros regados en todo el piso, hojas sueltas llenas de polvo, carteles rasgados y unas figuras blancas hechas de barro quedaban pérdidas entre la inmensidad de un salón que parecía un auditorio. En uno de sus lados había varios libros ubicados en fila, al parecer sirvieron como colchón de alguien ajeno a ese lugar y donde

encontró una única guarida. Él o ella dónde estará, quién sería y por qué se quedó ahí. No sé si al otro día se escapó o lo asesinaron mientras salía. Y ni hablar del motivo por el que decidió arrancar parte del piso de madera, como si hubiese querido guardar algo que quizás aún este ahí debajo. Eso es lo que ha quedado: rastros, despojos, pedazos indescifrables.

La escuela de Perrillo era el lugar insignia de aquella vereda porque todas las celebraciones y actos culturales y artísticos los realizaban allí; era el lugar común para que toda la comunidad se reuniera para conmemorar todas las festividades. “Yo recordé que el padre se hacía a celebrar la misa en la esquina del salón donde el piso estaba arrancado. Y entrando a mano derecha donde izábamos la bandera cuando éramos buenos estudiantes. Yo al ver la escuela semidestruida y todo tirado en el suelo sentí una tristeza desgarradora, pues de lo que habíamos vivido no quedaba nada, solo los recuerdos”, dice María Ismelda, con una profunda nostalgia dibujada en sus ojos.

Años atrás la escuela de color verde oscuro, era el lugar de reencuentro para las 48 familias numerosas que participaban de festivales, tardes recreativas donde recitaban poemas, y dramaturgias, en compañía de algunos caldenses y las misiones religiosas que hacían los padres carmelitas celebrando eucaristías durante una temporada, en la mañana y en la tarde. En sus fiestas la música de cuerda, el baile y sus refinadas voces hacían eco en sus corazones y en los que escuchaban. En las misas católicas la costumbre de arrodillarse desde el principio hasta el final era el máximo símbolo de adoración y fe en Dios y en La Virgen del Carmen.

Todos se querían como una sola familia. Una familia solidaria, sin reparos ni envidias. Don Lope cuenta que cada semana los trabajadores de diferentes casas recorrían las fincas para realizar las labores del campo conjuntamente. Él sonríe al decirlo y mucho más cuando hace énfasis en que fue presidente de la Junta de Acción Comunal por 12 años. Habla con tanta propiedad y sentido de pertenencia que parece ese gran cacique que protegió a los suyos y que luchó incansablemente por un bien común en Perrillo. “Los que son presidentes creen que ellos son los que mandan en una vereda y eso no es así. A uno le toca recibir todas las críticas de la gente, así como un alcalde o alguien que tenga un cargo público. Uno convoca a la gente, vamos hacer esto, a colaborar. Uno trabaja por el bien de la comunidad y no más. Yo no seguí con el cargo porque me vive y sino...”

En Perrillo el liderazgo también floreció, entre las montañas y su gente amable, que siempre les daba importancia a sus líderes para propender por la organización de sus distintas actividades y de la información local de interés. Fueron muchas las personas que pusieron en discusión las

problemáticas de la vereda, sus posibles cambios y transformaciones, así como don Lope de Jesús Henao, de 78 años, quien ahora vive con su esposa Regina en la vereda La Hondita. Su casa es un lugar al que todos quieren ir. Su hospitalidad, su amabilidad dibujada en la sonrisa y su respeto profundo, habla mucho de la educación que recibió de sus padres en las montañas de Perrillo. Él es un muy buen conversador y mucho más cuando se trata de aquella tierra en la que nació y de la que recuerda cada historia.

Otra despedida se acercaba. Los libros se habían quedado sin organizar y los corredores sin barrer. No había tiempo para más, debíamos seguir. Después de una corta travesía, nos agarramos como arañas de las espigas de un pastal que casi nos cubría y a veces, nuestras manos coincidían con un par de tunos. Al llegar a un morro llamado “El Alto”, un lugar con una amplia divisa y donde se dividan varios caminos, cuenta María Ismelda, que después se convirtió en un sitio muy peligroso porque los grupos armados vigilaban a los otros desde ahí para que no pasarán hacia los lados de la escuela y de la montaña.

Luego nos esperaba otro punto geográfico y perdido entre todo. Caminamos hacia abajo sin aparentes problemas hasta que llegamos a un lugar en el que ya no había señal de hacia dónde debíamos dirigirnos: el camino sepultado, lejos, distante, como si no quisiera ser recorrido. De ahí en adelante andábamos agachados para pasar en medio del monte y los helechos enredados, no nos quedaba otra opción. María Ismelda, antes de llegar a El Alto me había cogido las manos varias veces diciéndome al oído: “No quiero bajar, devolvámonos ¡Por favor!” Yo le respondí: Tranquila. Estamos las dos. No voy a irme de aquí sin visitar a mis abuelos.

Estábamos todos a la deriva, a merced de la naturaleza, la vida salvaje y el silencio que ahora contrastaba con el de las balas de aquellos años, las huellas de botas militares y las voces de los que una vez con un fusil en el hombro quedaron habitando el lugar que pisamos. Por primera vez nos sentíamos lejos del mundo, pero más cerca de aquello que alguna vez fue Perrillo y que habla tanto de cada uno y de quienes hacemos parte de esta historia, que pareciera que nos habla de nosotros mismos. Nadie habló del miedo a perdernos o de quedar atrapados en un hueco, solo el deseo de salir algún día de ese bosque desierto de almas, de vida, de estragos, y repuntar en algún lugar del mundo nos hacía continuar.

María Ismelda, perdió dos botones de su blusa ya rasgada y sus pantalones sucios de tantas caídas. Josué, con un saco café que casi no logra destrancar de las ramas y su sombrero cientos de

veces en el suelo. Fabián, con sus zapatos despegados y un rayón en su cara. Y mis pantalones extremadamente delgados quedaron rasgados por la fuerte fricción de los centenares de palos afilados que intentaban atravesar mi piel. Nunca me detuve, no pensaba en los rasguños que me hacían brotar unas simples gotas de sangre que no eran nada comparado con toda la sangre que brotaba de la tierra.

Cada curva y cada paso se hacía más largo. Al mismo ritmo que el cansancio se agudizaba la ansiedad aumentaba sin saber que más nos íbamos a encontrar soterrado por los años, el tiempo y el olvido. Mientras subíamos a una pequeña colina, María Ismelda se detuvo, estaba con su corazón agitado y a punto de descompensarse porque había divisado a unos cuantos metros su hogar, donde creció y vivió. “Estoy muy asustada” pronunció. El llanto fue inevitable. Cuando piso los corredores de la casa y paso de una habitación a otra con desesperación desenfrenada no tenía sosiego: cerraba sus ojos, cogía su cabeza con las manos nombrando a su padre y a su madre que ya no estaban ahí “Mamasita, papacito ¿Dónde están que no los veo? ¿Dónde está la vida que teníamos cuando estábamos todos juntos, con mis hermanos, con todo?... La casa está vacía, sin nada de las cosas que teníamos: sin jardín, sin nada de recuerdos, sin las fotos, los muebles, las camas. Todo lo que hicimos con nuestras manos, las cobijas las ruanas perrileñas, los bastidores donde tejíamos tampoco estaban”.

Ella, en ese momento era la voz de muchos de los desplazados de su territorio que tenían sus recuerdos más íntimos y preciados en aquellas montañas, casas y lugares donde habían sido paridos por sus generaciones de ancestros y que jamás regresaron. “Nosotros no volvimos por tristeza, no era fácil retornar a la finca donde todo estaba terminado y también porque no había escuela, ni las condiciones para volver, y ya decidimos emprender nuestra vida en otras partes”, expresa María Ismelda con tristeza en sus ojos. Ella al igual que otras familias a pesar del estrago de los años y la vida, siempre han mantenido viva la esperanza de volver algún día y de no regresar jamás a otro lugar que no sea ese.

13.2. La música también floreció en las espesas montañas de Perrillo

Los caminos empedrados y bastos también fueron testigos de los ecos musicales de su gente, de los tiples y las guitarras, de las voces agudas y graves, que con todo el sentimiento interpretaban música de cuerda por cada rincón en las montañas de Perrillo, una vereda del municipio de Sonsón, ubicada a 8 horas del casco urbano, que fue asediada por distintos grupos armados que ocasionaron el desplazamiento masivo de toda su gente. Desde El Limón, la primera finca, ubicada en uno de sus extremos, hasta Llano Grande, la última finca, inclinada hacia las tierras caldenses. Ir de un lado hacia el otro, implicaba subir y bajar, bajar y subir, varias colinas que cubrían ese imponente territorio que se expandía en lo más alto.

Su casa de color azul claro, ventanas de madera y los amplios jardines que van desde las matas que hay colgadas en cada uno de los postes hasta un largo patio de hierba que está a la entrada. En la mesa del comedor, una taza de mazamorra y unos trozos de panela, son motivo de degustación y también de una buena charla. Una tradición que aún se mantiene viva, así mismo como sus recuerdos de músico y bohemio a sus 20 años. Lope de Jesús Henao, sin ir a una academia, aprendió de su hermano Arturo a tocar guitarra y a entonar las mejores letras. A él le había enseñado Gabriel Ramírez, un viejo apasionado por la música y la enseñanza, que vivía en Encimadas, una vereda de Aguadas, Caldas, que quedaba después de cruzar el río Arma.

Arturo, era un hombre alto, apuesto y con abundante barba, muy sociable, alegre, con mucho sabor musical y con un fuerte espíritu aventurero, basta con decir que muchas de sus noches las destinaba para atravesar las espesas montañas de su tierra para ir a la parte alta de Sirgua Arriba, una vereda que limitaba con Perrillo y despertar a su amada con una serenata “Mi hermano tenía una novia donde don José Jesús Rivera que se llamaba Ana de Jesús ¡Bendito sea mi Dios, hombre! Imagínese que nosotros llegamos a salir de la casa a las seis de la tarde, llegábamos allá a las nueve de la noche para ir por allá tan lejos y yo lo acompañaba que más iba a hacer”, dice don Lope con una sonrisa que le desborda el alma, recordando todas las travesuras que vivió al lado de su hermano.

“Nosotros, Arturo y yo éramos músicos de verdad. Manteníamos mucho compromiso por ahí”, dice don Lope, con una gran alegría en su cara y con una risa suave que deja ver lo mucho que significó para el andar siempre con su guitarra bajo el hombro y con sus innumerables canciones en su garganta. Ellos, eran los músicos de la vereda, a los que siempre llamaban para celebrar un

matrimonio, un cumpleaños, una serenata, una fiesta de navidad u otra ocasión especial para su gente.

Recuerda que, en uno de sus días, Laura Galeano y Lázaro Valencia, contrajeron matrimonio y su fiesta iba a ser en una casa que estaba al lado de la escuela. Arturo que era un tipo aventurero y atento, fue a encontrar a los recién casados a la mitad del camino para cantarles mientras montaban en sus caballos. Los novios ese día andaban vestidos de negro. Ella utilizaba una bata casi ajustada al cuerpo que le llegaba hasta la rodilla y él, portaba un pañalón más bien ceñido, un saquillo con corbata y un ramo de flores blancas sobre una mesa en el centro, combinaba con sus prendas de colores oscuros y elegantes. Aquella noche, Laura y Margarita, su hermana, los acompañaron en más de una canción, “cantaban muy bueno, ellas sí que tenían tonada pa' cantar”, expresa don Lope, con una admiración profunda por esas dos mujeres de voces angelicales.

Además, eran comunes las llamadas “despedidas” que se le hacían a una familia cuando se mudaba a otro lugar de residencia. Encuentros en los que no podían faltar las letras musicales, como una forma de hacer eco en los sentidos, los sentimientos y las emociones de quienes se animaban a cantar con ellos y a bailar al ritmo de las cuerdas frotadas y de la luz suave de las caperuzas de petróleo que hacían de la noche un lugar majestuoso para disfrutar de la música, las charlas, los chistes, las bromas y los deliciosos banquetes de carne de ovejo, papas, arepas y dulces de sidra. “Luis Eduardo, que le decían El Duende y Eliza Valencia, vivían en una casa más abajo de San Isidro, una finca de la vereda Las Cruces por donde pasaba el camino de Perrillo. Un día vino Pedro José y toda la familia para despedirlos y ese día nos tocó ir a tocar allá. Amanecimos tocando tiple y guitarra. Tocábamos musiquita guasca, lo que llamamos musiquita de cantina, puras canciones de Garzón y Collazos”, expresa don Lope.

Este lugar no solo fue escenario para músicos de la misma comunidad. Desde Encimadas, Aníbal y Omar, más conocidos como los Giraldo, fueron en varias ocasiones para celebrar algunas festividades acompañados de caldenses, quienes vivían enamorados de esa cultura, del calor de su gente, su alegría y su buena acogida. Con decir que, hasta ese día, los músicos portaban ruanas perrileñas hechas de lana de ovejo, las ruanas tradicionales y particulares que solo se tejían en este lugar. Don Lope dice que ese día tocaban por primera vez la canción de las hermanitas Calle “Cualquier tumba es igual” que, por esos días, estaba en pleno lanzamiento: “No es una serenata como todas la que he venido a darte al pie de tu ventana. No esperes encontrar amantes notas

porque han volado lejos mis pobres esperanzas. Yo sé que a ti te ofende que te mire, que ya no te intereso y pienso más en otro. No quiero que mañana me termines, mejor yo me adelanto y así que acabe todo”.

Las tierras perrileñas, no solo la pisaron los talentos musicales caldenses. En sus inicios German Giraldo, uno de los integrantes del Duetto Revelación, oriundo de la vereda Sigua Arriba, con la que limitaba en una de sus colinas, visitó a Don Lope de Jesús en su casa La Cuchilla. Estuvieron algunos días interpretando los mejores temas de los años 70, canciones de Garzón y Collazos, Los Visconti, los Relicarios, Julio Jaramillo, acompañados de un tiple, una guitarra y dos voces graves que retumbaban en las tardes de sol y en las noches de luna, tranquilas y serenas.

Más allá de la visita y de las charlas entre músicos, Germán iba en busca de un compañero musical, de un buen puntero para formar un dueto. Él sabía que entre las familias que allí tenían sus raíces y donde habían crecido varias generaciones de los Arias, Valencias, Henaos y Garcías, tenían una descendencia musical que seguía impartándose y fortaleciéndose cultural y artísticamente. Eran familias de músicos de la vereda que se habían formado a través de sus ancestros, sus padres, abuelos, tatarabuelos... “Joaquín era muy buen puntero, esas tonadas que marcaba... yo le dije que ese era el ideal. Pero Juaco, no quiso irse a estudiar con él, no quiso ese verraco”, dice don Lope con cierto disgusto, pues a su parecer si él se hubiese ido, hoy fuera una estrella de la música de cuerda, del Duetto Revelación o de cualquier agrupación del país. Así se extendía el arte musical y florecían los talentos más allá de las cordilleras y del tiempo.

“Toda canción nueva que salía nos la aprendíamos. Cuando íbamos a Sonsón en El Imperio un bar que está en una esquina de la plaza, mirábamos en unos aparatos que se llamaban los pianos y funcionaban con discos negros, buscábamos una canción por el nombre, uno apretaba un botoncito y ahí salía. Pero, eso sí tocaba echar la monedita”. Fue así como don Lope iba construyendo su repertorio musical para cantar los temas que estuvieran de moda para que la gente los cantara, los viviera y los sintiera desde sus letras como poemas y desde sus diferentes ritmos y tiempos musicales.

Don Lope entre sus innumerables recuerdos siempre se aferra a aquellos momentos más felices de su vida musical al lado de su hermano Arturo y de su gente: “Tan bueno que es escuchar canciones que le gustan a uno y cuando le dan bueno a esa guitarra... uffff... uno quisiera que la volvieran a cantar. Yo me acuerdo que Arturo y yo la pasábamos muy bueno, parrandiando,

cantando, llevando serenatas a las novias que nosotros teníamos, pero todo se acabó porque ya nos vinimos de allá y todo cambio. Nosotros no seguimos tocando y ya muchos dejaron de hacerlo, ya ni los hijos ni los nietos siguieron eso da mucha tristeza sabiendo que antes del desplazamiento vivíamos tan bueno todos”, dice don Lope tratando de esconder su nostalgia.

Más allá de la música que se vivía entre las fiestas y las celebraciones, en algunas familias se construían espacios para la enseñanza y momentos únicos para el reencuentro, con el sentido más profundo del arte musical. María, la novena hija de Hermilda García y Pedro José Valencia, era una guitarrista como pocas, afinada y con una alta interpretación, incluso recibía innumerables invitaciones de los músicos que iban a tocar por alguna temporada.

Además, tenía la costumbre de reunirse con sus hijos en la sala de su casa cuando caía la tarde, entre luz y noche, a interpretar algunos temas con su guitarra, acompañada de la voz grave de Pedro Pablo, su esposo, quien no paraba de mover sus manos y su cuerpo al pronunciar cada letra. María Ismelda, su novena hija, recuerda con gran emoción que su madre los contagiaba de su profundo sentimiento con el que tocaba, sentada sobre un baúl de madera: “Ella cerraba los ojos, y sonreía a la par con su guitarra, es como si anduvieran siempre conectadas. Mamá llevaba la música en la sangre. Recuerdo cuando ella me decía que quería pulirse y ser una gran artista. Pero también pienso en los tiples y las guitarras que se quedaron abandonados en la casa porque Las FARC, El ELN, El Ejército y los paramilitares resultaron allá juntos y no había tiempo de más ¡Qué cosa tan sangrienta todos enfrentándose! No Dios mío...

Lagrimas lloro, de Cornelio Reyna era una de las canciones que María mejor tocaba, dice Ismelda, su hija, con una desbordante alegría, al saber que es descendiente de una mujer tan inteligente y apasionada por lo que hacía, “Lágrimas lloro cuando me acuerdo de una mujer que yo amaba tanto. Nomás me acuerdo y verla quisiera para adorarla y calmar mi llanto. Yo no comprendo cual es el odio, ni porque me causa desprecio. Yo la quería más que mi vida, pero la ingrata me abandonó. Ahora en las copas está mi quebranto, un sentimiento me hace llorar”.

Fernando, uno de los descendientes de la familia Arias, con gran amor y entereza, guarda como su más grande tesoro la guitarra con la que tocaba en Perrillo y en la que aprendió sus primeras escalas musicales al lado de su padre, su mentor. Dice con gran orgullo que aún no ha abandonado esa tradición musical: “Yo todavía tocó, no quiero dejar de tocar. Aunque a mí solo me da pereza, pero cuando me resulta con quien, tocamos y cantamos”. Mientras van apareciendo recuerdos del

ayer, desempolva su guitarra y deja salir sus letras: "Quisiera que mi vida regresara hacia al pasado, tener 20 años menos y volverte a conocer. De eso yo estoy seguro y nunca lo he dudado, te pediría de nuevo que fueras mi mujer. Vivir otros 20 años como los que ya pasaron contando sin sabores de nostalgia y de placer".

Después del desplazamiento, el legado musical y artístico de Perrillo no se siguió transmitiendo de la misma manera a sus descendientes, pero su historia aún sigue atravesando los filos de la guerra y el desarraigo: muchos de sus hijos han tenido inicios en la vida musical, por una herencia histórica y genética que va más allá del tiempo y de las trabas del camino...

13.3. Manos que tejen: sueños, esperanzas, retornos

Sus manos llenas de arrugas y con algunas grietas pronunciadas, dan cuenta de su laboriosidad con la que ha trabajado el campo, desde que se desplazó de Perrillo a la vereda La Hondita. Marina Henao, de cabello corto y con sus dedos delgados, antes tejía con entusiasmo todos los días con lana de ovejo. Ahora solo lo hace esporádicamente, cuando le queda un mínimo espacio para hacerlo, pues debe estar pendiente de su huerta casera, las aves de corral y de todos los quehaceres cotidianos de su casa.

En alguna de sus tardes, cuando encuentra un poco de tiempo entre su agitado ritmo diario, se dedica a tejer una ruana o una cobija perrileña, de las que hacía en compañía de Fernando, su esposo, cuando vivían en Perrillo la vereda geográficamente más grande del municipio de Sonsón, ubicada a 8 horas del casco urbano. En sus ojos un gran amor se desborda cuando se dirige a una de sus habitaciones por la máquina de hilar. Una máquina de madera con dos ruedas: la pequeña se encarga de enrollar la lana y la grande, produce la fuerza giratoria del proceso. Luego, en el bastidor, similar a un cuadro de madera que tiene en la mitad un diseño parecido al de un peine de cabello, por el cual se empieza a pasar el hilo en forma cruzada hasta que se logre el largor necesario del tejido.

Mientras Marina Henao, va pasando cada hilo por los dientes del peine, se conecta poco a poco con su propio ritmo, con su propia manera de ir de un lado al otro mientras va encajando minuciosamente cada surco sin que quede un solo espacio sin hilo. Cuando inicia no se detiene, es como si una fuerza mayor estuviera guiando sus manos y su laborioso trabajo. Menciona en repetidas ocasiones que amaba tejer todos los días y que lo hacía con todo el gusto del mundo: “yo vivía muy feliz por allá. Imagínese que nosotros hacíamos hasta tres cobijas a la semana”.

En Perrillo, todas las familias tenían una ovejera, como dicen ellos. Ovejeras que se extendían por las inmensas praderas que se conectaban con los bastos bosques y los riachuelos comunes entre cada colina o ladera. María Ismelda Franco, de mirada profunda y con sus manos suaves, también era una mujer perrileña que al igual que Marina, tejía a diario con sus hermanas para tener una independencia económica que les permitiera invertir su dinero en lo que les gustará: ropa, maquillaje, lociones, viajes... En ese entonces para el año 2004 una ruana valía \$35.000 y una cobija \$100.000 y en la actualidad, la primera cuesta \$150.000 y la segunda \$250.000. Antes las comercializaban en Sonsón, Antioquia, en los almacenes de Horacio Ospina, Odulio Valencia, Los

Naranjos y Marco Tulio Valencia, y a veces por encargos de gente particular, mientras que, en Aguadas, Caldas, no vendían en almacenes, solo pedidos de personas del común.

Además, soy testiga de una conversación que sostiene Marina con Ismelda, su amiga y vecina, en Perrillo y también en la vereda La Hondita donde viven actualmente.

—Ismelda: En la casa hubo hasta 70 ovejos.

—Marina: Y nosotros teníamos hasta 60.

—Ismelda: Uno mismo hacía todo, los motilaba, lavaba la lana, tejíamos. Cada año motilábamos los ovejos y daban hasta 3 libras de lana.

—Marina: Nosotros nos gastábamos 4 libras para hacer una ruana y 8 libras para hacer una cobija.

—Ismelda: Recuerdo que dejábamos los ovejos pelaos del todo, quedaban con el cuero rosadito. A veces en noches heladas se morían del frío.

—Marina: Que pecao de los ovejitos cuando uno los encontraba muertos.

—Marina: ¿Y usted se acuerda cuando lavábamos la lana con agua caliente y jabón en polvo y le dábamos con un mazo o un garrote?

—Ismelda: Sí, claro. Y también de cuando colocábamos la lana en la manga y se dejaba al sol y al sereno pa' que blanqueará.

Así, entre uno y mil recuerdos que se posan entre la conversación, reviven los momentos más queridos y amados entre la complicidad de su tertulia y de la misma tradición con la que crecieron, y la que fue transmitida por sus ancestros a través de las distintas generaciones. Una tradición que ellos mismos crearon, construyendo con sus propias manos la máquina de hilar y el bastidor en madera hasta entretejer ruanas, cobijas, cojines y alfombras para caballos. “El tejido es como todo. Mamita Hermilda nos decía que no dejáramos acabar esa costumbre porque era un trabajo muy bonito que nadie hacía”, expresa María Ismelda con una gran alegría dibujada en su sonrisa y en sus ojos vivos, mientras recuerda a su abuela, la mujer que le enseñó a su madre, a sus 8 hermanas y a sus 5 hermanos a tejer y a valorar su tradición. En esta y otras familias era común que los hombres ayudarían con los últimos detalles de las ruanas y cobijas.

El tejido para ellas no solo fue parte de su economía independiente, también significó en su sentido más amplio los momentos para tejerse a sí mismas y tejer a su vez una historia que se unía a sus pensamientos y a sus manos entre cada hilada y entre cada palabra que pronunciaban, al lado de sus hermanas, de sus cómplices; con las que planeaban diferentes asuntos de la semana, de sus salidas al pueblo, sus viajes o para hablar de sus secretos más íntimos, y de sus amoríos, mientras escuchaban radionovelas de la época como Kalimán y El Pequeño Solín y Arandú. También era común que afloraran las historias de aquellos que cruzaban las empinadas montañas con un fusil en la mano; quienes algunas veces se detenían a conversar, a encargar alguna ruana o simplemente a coquetear.

Pero las visitas desprovistas de aquellos uniformados, la fina coquetería y las tertulias que se armaban, años después fueron llevadas a un escenario mucho más tenso y trágico. Luego las conversaciones se sostenían entre las sombras de los enemigos que asechaban ese mismo territorio, las guerrillas del frente 47 de Las FARC, quienes llegaron primero, se vieron en una fuerte disputa con las guerrillas del ELN en el momento que su número de integrantes había crecido, posteriormente hacia el año 2004 llegó El Ejército y los paramilitares. Más tarde, todos empezaron a vender los ovejos y de paso a abandonar su tradición y a dejar de transmitirla a sus descendientes.

Esta es una tradición que solo pertenecía a su gente, a su territorio y no a otro. El tejido siempre se diferenciaba de los demás por su trabajo manual, por sus remates y por la elaboración del mismo a través del bastidor, un cuadro de madera que permitía unas trabas con la lana que solo se podían lograr de esa manera. “Es un tejido que apenas fue conocido en Perrillo, en ninguna parte usted lo ve”, expresa Maria Ismelda.

Mientras se toman un delicioso café de grano en una tarde fría y lluviosa, se sigue acentuando la conversación.

—Marina: Anoche estábamos sin luz y yo le dije a Fernando ¡ay que tristeza! como hacíamos en Perrillo para rematar cobijas y ruanas a luz de vela para poder dar cumplimiento.

—Ismelda: Por eso Marina, así éramos nosotros en la casa.

— Fernando: Yo le ayudaba a rematar, cuando estábamos atrancados con la entrega yo le ayudaba a terminar por la noche a punta de vela. Después de que comíamos nos poníamos hacer eso.

—Marina: Nosotros hacíamos de comer, lavábamos la ropita y nos poníamos hacer eso. Hacíamos tres o cuatro cobijas en la semana entre hermanas.

—Ismelda: Yo me acuerdo que mamá le enseñaba a unos candamiles que no sabían trabajar.

—Marina: Y yo le enseñe a trabajar muy bien la lana a la familia de don Luis Valencia, a todas esas muchachas.

—Ismelda: Uno no pensaba que por enseñarle a alguien uno iba a dejar de vender o algo así. Nadie le cobraba a nadie. Eso fue pasando de generación en generación: mamá nos enseñó a nosotras, pero ya se terminó con el desplazamiento.

—Marina: Si, ya llegó la violencia y eso ya se fue acabando. La gente a vender ovejos y todo. Eso fue una cosa horrible.

—Marina: Donde nos hubiéramos quedado por allá nuestros hijos aprenden porque aprenden, pero como ya no estamos allá eso se perdió. Mire que Damaris a los 11 años ya sabía hilar rollitos y le encantaba molestar con eso.

Una historia que se reusa a quedar en el olvido y que aún sigue viva a través de las voces de estas mujeres que aún tienen la huella de los hilos que por tanto años se enredaron en sus dedos, pensamientos y emociones más íntimas que iban más allá de su tiempo presente y viajaban a aquellos instantes donde sus abuelos, tatarabuelos y demás generaciones atrás habían impartido desde sus raíces, una tradición cultural y social que era propia de su territorio; fundada desde sus saberes y entrañas.

13.4. Aún siguen aquí

Una casa de corredores amplios de madera, un patio cuadrado de tierra y un solar con plantas aromáticas eran los lugares más estrechos y sofocantes para él. Tan solo podía ver algunos rayos de sol entre las esquinas de aquel techo que permanecía helado mientras las nubes se alejaban. Pedro Pablo Franco, sentado en una silla de madera con una ruana perrileña y con su sombrero pequeño que intenta disimular su calvicie, ahoga sus últimos suspiros entre un par de cigarrillos piel roja, mientras el reloj de su mano izquierda desaceleraba su ritmo al igual que su corazón; el ya andaba despidiéndose de los imponentes amaneceres con que se despertaba en su finca, de su mula blanca con la que recorría las extensas llanuras de su tierra y de los días soleados que alababa desde su casa siempre diciendo: “¡Qué día tan dicha, qué día tan dicha!”

Ese día en los escarpados techos de Sonsón, Antioquia, la tarde se hizo gris, más gris que todas las anteriores. Con su voz entrecortada pronunció despacito: “Mijita que Dios la bendiga, que mi bendición la guie para que siempre le vaya bien”, así con una sonrisa tierna, agotando sus fuerzas alzo su mano para bendecirme y luego extendió sus brazos para arrastrarme junto a su pecho por última vez. Aunque aún era una niña para la que todo es alegría y risas, me sentí más triste de lo habitual, fue una despedida que me arrebató una parte de mí, que aún está junto él y que siempre estará ahí.

Quizás esa misma despedida que se aferraba al último soplo de vida del abuelo, hoy continúa esparciéndose en mis pensamientos y en mis letras, que no son solo mías, también de sus hijas. María Ismelda, mi madre, lo recuerda entre la nostalgia y el amor: “Era responsable como esposo y padre. Era una persona muy trabajadora, le gustaba mucho la agricultura. Muy ordenado, todas las cosas tenían que estar en su puesto. Yo confiaba tanto en mi viejo, pues él nos aconsejaba y todo lo que él decía así era, como que predecía las cosas”.

Mientras me aferraba al único recuerdo que tuve de él en aquella casa del techo helado, intenté hundirme en las profundidades de mi mente para hallar un mínimo reflejo de mi abuela, María Valencia, quería ver su rostro, escuchar alguna palabra, así fuera corta, quería escucharla. Pero no encontré nada, absolutamente nada. Me sentí triste, impotente, vacía. Tan solo una foto de ella al lado de mi abuelo y mi hermano Mauricio, que tampoco conocí, fue el primer reflejo que tuve y las pequeñas historias que brotaban de los labios de sus hijas. “Era muy laboriosa, muy trabajadora, no se estaba quieta un instante y sino inventaba que hacer. Era muy entregada al hogar e

independiente. A ella le gustaba mucho la modistería y hacía la ropa para todas nosotras, hasta hacía muestras de cortinas y carpetas con lengüeta. Y le encantaba caminar por las colinas”, expresa Ismelda con gran alegría en sus ojos.

Recuerdos llegan al mismo paso que vamos hacia un pasado que alberga nuestra historia, de donde surgimos y lo que somos hoy, en un presente que está unido a nuestros ancestros y a aquellos lugares que hablan por sí solos. En las montañas de Perrillo, la vereda más grande del municipio de Sonsón, a 8 horas de la cabecera municipal, vivían mis abuelos. Allí habían construido su vida como pareja al lado de sus 13 hijos y de sus dos inmensas fincas: El Porvenir y Los Dolores, que iban desde límites con el río Arma hasta las profundas selvas. Su casa de color naranja vistoso, sus corredores de chambrana dibujados entre amplios jardines y una huerta que prácticamente tenía de todo: plantas aromáticas, ornamentales, medicinales y comestibles, corrales de gallinas, conejos y cerdos. Y en lo demás, grandes rebaños de ovejos, ganado, mulas y caballos.

Mi abuela, de contextura delgada, ojos de almendra y sonrisa coqueta, nació en La Palma, una finca que estaba al lado de la escuela de Perrillo. Allí se crio al lado de sus 14 hermanos, de sus padres Pedro José Valencia y Hermilda García, en bastas praderas y entre el silencio y los sonidos de la imponente montaña. Valencia y García, dos familias que por alguna razón histórica fueron a aquel territorio a tejer su vida y a la de sus predecesores desde sus costumbres y tradiciones. Mi abuela había aprendido a tocar los acordes de la guitarra de una manera especial y siempre interpretaba los mejores temas por su desbordante pasión con la que hacía sonar cada cuerda, con decir que cerraba los ojos y decía: “Qué fácil es tocar, mira que hasta lo puedo hacer sin ver”, expresa Ismelda, su hija. También enseñó a su esposo a cantar muchas canciones afinando su voz grave y haciéndole sentir que sin el arte de la música era imposible vivir.

Además, de sus saberes artísticos, tejía con la lana de ovejo alfombras para caballos, cojines, cobijas y ruanas perrileñas con el mismo amor que lo había hecho su madre. Todos los días empezaba a hilar y a pasar ligeramente cada hebra en presencia de sus hijas para que aprendieran a tejer laboriosamente. “Mamá era una mujer integra, una mujer acertada. Era muy seria, pero cuando empezaba hablar era distinta”, dice Ismelda con cierta picardía.

Mi abuelo, era descendiente de los Franco, una familia oriunda de Guarne que se asentó en tierras sonsoneñas por sus amplias oportunidades económicas en el comercio, la agricultura y la ganadería. Santiago Franco, mi bisabuelo conoció en sus andares a Concepción Manrique en la

vereda Sirgua Arriba y se fueron a vivir a San Isidro, una finca que quedaba en límites con Perrillo. Los descendientes de José Jesús Franco, tío de mi abuelo, hoy en día son los reconocidos médicos Argemiro y Daniel Franco (que en paz descanse), quienes aportaron tanto al municipio de Sonsón desde el campo de la salud y desde su amor infinito por los pacientes; muchas veces no cobraban las formulas medicas a personas que no tenían como pagarlo.

Además, ejercieron su profesión en altos cargos de El Estado y estuvieron vinculados a los órganos sociales más relevantes de Sonsón en su momento: Sociedad de Mejoras Públicas, Cruz Roja, Centro de Historia. Ellos fueron a La Universidad de Antioquia para formarse desde la academia y desde los laboratorios, al mismo tiempo que mi abuelo conquistado por la magia que encontró en las montañas de Perrillo, se perfilaba como partero de la vereda. “Él se mantenía muy limpio, con las uñas blancas y la ropa impecable. Cuando iba atender un parto se bañaba antes de irse. Y lo llamaban a cualquier hora y el salía. También sabía cuándo una mujer no era capaz de tener un parto de forma natural tocándole el estómago y decía que fueran mejor al hospital de Aguadas”, cuenta Ismelda.

Mientras tanto, mi abuela María, aprendía cada vez más de su saber empírico en la salud y se convirtió en su auxiliar cuando aplicaba algunas inyecciones y en sus partos. “Mamá le mantenía la maleta lista, que era con llave. Lo único que alcancé a ver fueron alcohol y gazas. Ella salía casi siempre con él y llevaba gallinas, hojaldras y huevos para las señoras que habían tenido bebé”. Expresa Ismelda, guiñándome los ojos.

Entre silencios, olvidos, recuerdos y pequeños fragmentos expresa Beatriz, la décima hija de Pedro Pablo que: “Cuando papá iba a Aguadas nos tría galletas negras y las gelatinas que nos ponía en la cara nos dejaba todas untadas de esa maicena. Tan lindo mi viejo. Nos entendíamos muy bien con papá, pero pienso que después de que nos vinimos de por allá sé que nunca volveremos a tener esa vida a como vivíamos por allá con papá y mamá”, al recordar Beatriz que nunca regresó por miedo a los grupos armados del frente 47 de Las FARC y El ELN que asechaban a su territorio.

Luz Dary, la hija menor, entre las contradicciones de su vida, largos silencios y sus recuerdos más preciados con su padre, siempre resalta uno como si fuera universal, es como si ese hecho reuniera gran parte de la odisea con el conflicto armado y de su estrecha relación con su padre: “A mí me gustaba mucho un muchacho de El ELN que se llamaba Crisanto y papá no le chocaba que yo hablara con él. Cuando le decía a papá suegro, se reía ¡Tan lindo mi viejo! Una vez Crisanto

me dijo: cuando yo me vaya de por aquí mujer yo le doy algún detalle. Y así fue, lo mando con una compañera porque no tenía el valor de despedirse de mí. Pero después me di cuenta que lo habían matado en Nariño, yo sentí que se había muerto algo dentro de mí”. Ella aún recuerda con profunda nostalgia todo lo que la guerra se llevó a su paso: el amor de Crisanto, su deseo de ser profesora en la escuela de Perrillo, el dolor de su viejo al desplazarse.

Aunque pasen los años, las arrugas nos hagan ver de un aspecto distinto y los latidos de nuestro corazón se marchiten en su última vibración, el eco de los latidos sigue con la misma fuerza en sus descendientes y en su historia. Una historia que trasciende el tiempo y sus estragos; los recuerdos ambivalentes, los cuentos inconclusos, los pedazos encontrados. Ese mismo deseo profundo de desentrañar la historia y de pisar por primera vez las montañas de Perrillo y los suelos que por años pisaron, hicieron que el 7 de agosto del año 2019 me internará en sus empedrados caminos y en el corazón de mis antepasados.

Al llegar a la casa “El Porvenir”, con desesperación desenfrenada escudriñé cada rincón: busqué entre cada centímetro de tierra algún objeto, alguna nota. Acaricié los pocos libros que quedaron sobre el chifonier y lloré sus letras. Me subyugue debajo de la única cama que sobrevivió. Subí al granero y sacudí hasta el último soplo de viento. Cogí las tres llaves antiguas de la casa y las guardé conmigo para que nadie se atreviera a tocarlas. Las dos bolas de cristal que encontré perdidas entre las capas de tierra y de polvo, las abracé en mi mano derecha para nunca más soltarlas. Yo sé que ellos dos no permitieron que nadie las robará, eran para mí. Estaban esperando hace 12 años a que llegase a abrazar mi historia y a reencontrarme con las cenizas de donde surgí, de donde surgimos, abuelos queridos.

Si algún día alguna de las personas que saquearon la casa de mis abuelos hasta dejarla vacía por dentro, sin nada, sin sus pertenencias, sin sus fotos, triples, guitarras, avíos, libros, lee estas letras... al menos sepa que yo soy su nieta Adriana, que regresé a aquella tierra que estaba en el olvido con la esperanza de encontrar sus habitaciones llenas de polvo, pero intactas y no fue así, ya habían arrasado con todo. Aun así, me reencontré con ellos, con sus lugares sagrados, sus voces y su aliento esparcido entre los estragos de una guerra silenciosa que va más allá del sonido de las balas.

A la memoria de mis abuelos... María Valencia García y Pedro Pablo Franco Manrique

14. Conclusiones

En Perrillo, desde el año 1983 llegaron los primeros integrantes del frente 47 de Las FARC que no eran más de 7 integrantes vestidos de civil. En los Próximos años siguieron creciendo en sus filas y, en el año 2003, ingresó el ELN para disputarle el territorio generando más tensión en los habitantes por los distintos enfrentamientos. En el año 2004 el Ejército y los paramilitares incursionaron en el territorio desatando un escenario de guerra donde eran comunes los bombardeos por tierra y aire; haciendo que los pobladores salieran desplazados, quedando en el 2007 deshabitado el territorio hasta el momento actual.

Este territorio fue un lugar de disputa entre el frente 47 de Las FARC y El ELN quienes llevaron a cabo distintos secuestros extorsivos, asesinatos y el manejo total de actividades ilegales desde esta amplia zona del páramo, generando de esta manera la salida forzada de sus habitantes.

Perrillo, era una de las veredas más antiguas del municipio de Sonsón, de familias numerosas, con costumbres y tradiciones particulares que habían forjado distintas generaciones atrás. El tejido con lana de ovejo para la elaboración de alfombras para caballo, cojines, cobijas y ruanas perrileñas solo se ha conocido en este lugar. Pero el desplazamiento generó el desarraigo de esta tradición e impidió que los descendientes continuarán tejiendo. Además, para las mujeres significaba conectarse con sus ancestros y tener su independencia económica.

Los habitantes sabían todos de todo. Los hombres ayudaban a ultimar detalles en el tejido de ruanas y cobijas, así mismo como las mujeres. Cualquiera estaba en la capacidad de construir una máquina de hilar o un bastidor, que eran los instrumentos necesarios para tejer.

La música de cuerda y el canto, una de las mayores tradiciones tampoco se siguió transmitiendo a las futuras generaciones, antes era común ver que en las familias los padres se reunían con sus hijos en las horas de la tarde a interpretar canciones de la época acompañadas de un tiple y una guitarra.

El desplazamiento a otros lugares los hizo sentir ajenos a su vida, costumbres y tradiciones. Los pobladores antes lo tenían todo: una vida libre, tranquila, al lado de los suyos; amplias parcelas para cultivar para tener rebaños de ovejos y otros animales, arboles maderables para la elaboración de camas, mesas, taburetes, utensilios de cocina; contaban con bastos recursos naturales y con una cultura que llevaba años expandiéndose en aquellas montañas.

Las familias no retornaron a su territorio por varias razones: falta de condiciones necesarias, como el funcionamiento de la escuela y la reconstrucción de casas que quedaron semidestruidas por el impacto de artefactos explosivos. Y el miedo a un mayor sufrimiento porque en el fondo sabían que los lugares y la vida de antes había cambiado, el miedo a regresar y a empezar de nuevo.

Los perrileños se reconocen como víctimas del desplazamiento forzado al ser conscientes de los distintos hechos que se perpetraron en un tiempo determinado que fue crucial y que generó el despojo de su hogar, su territorio y su identidad.

El desplazamiento forzado generó en los pobladores una ruptura con la vida que habían construido durante años, sintiéndose ajenos en otros lugares donde las costumbres y tradiciones eran diferentes y tuvieron que adaptarse a otros espacios y a otras dinámicas sociales y culturales que nada tienen que ver con su propia esencia.

Aunque las familias emprendieron sus vidas en otros lugares y con otra cultura, su proyecto de vida se vio abruptamente roto, al cambiar radicalmente su manera de vivir y de relacionarse en el ámbito personal, familiar, laboral, y social, generando un sentimiento profundo de nostalgia que es compartido colectivamente y que aún no se ha podido superar. Muchas de las víctimas se resisten a hablar de lo que representó y de lo que aún representa el desplazamiento forzado, y de lo que ha significado no luchar por regresar a su territorio.

Un proceso de transición que en muchos casos fue doloroso porque aún existe un sentimiento de nostalgia que se traduce en sus relatos y en sus expresiones más íntimas al recordar lo que eran antes de su desplazamiento y cómo hoy no han logrado adaptarse a los lugares donde están, a un diario vivir que sigue siendo lejano de lo que son y de lo que eran sus ancestros.

15. Bibliografía

- Aristizábal, C. (Ed). (2018). Desplazamiento, trayectorias y poblamiento urbano. El caso de la Comuna 3 Manrique, Medellín, 1970-2010. *Scielo*, 126-147
- Badilla, L, (2006). Fundamentos del paradigma cualitativo en la investigación educativa. *Revista de Ciencias del Ejercicio y la Salud*, 4(1), 42-51
- Bautista, D. (2015). Reflexión sobre el papel de los actores en el conflicto armado en Colombia y la importancia de la memoria histórica para la construcción de paz. *Revista, Trans-pasando Fronteras*, 67-83
- Ceballos, M. (2013). El desplazamiento forzado en Colombia y su ardua reparación. Araucaria. *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 15(29), 169-188
- Chávez, E., Caballo, C, & Quijano, C. (2016). Reconstrucción de la memoria histórica de la masacre de El Piñal, Simití, sur de Bolívar. *Revista Eleuthera*, 67-87
- Cuchumbé, N. (2007). Reflexiones sobre el sentido y génesis del desplazamiento forzado en Colombia. *Revista Universitas Humanistica*, 173-196
- Garzón, M. (2014). Las narrativas del retorno. *Revista Encuentros*, 12(2), 67-77
- Hernández, R. (Ed). (2014). *Metodología de la investigación*. Recuperado de: [file:///C:/Users/user/Downloads/Hern%C3%A1ndez-R.-2014-Metodologia-de-la-Investigacion%20TA%20Ed.%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/user/Downloads/Hern%C3%A1ndez-R.-2014-Metodologia-de-la-Investigacion%20TA%20Ed.%20(1).pdf)
- Le Goff, J. (2013). La importancia de la memoria histórica. Loshojosdehipatía. <https://losojosdehipatia.com.es/cultura/historia/la-importancia-de-la-memoria-historica/>
- Ludeña, M. (2015). El periodismo que narra la memoria. Uniandes. <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-periodismo-que-narra-la-memoria/>
- Muñoz, G, (2014). Daño cultural por desplazamiento forzado en comunidades campesinas del departamento de Antioquia, teniendo a Medellín como municipio receptor. *Revista Kavilando*, 6(2) 144-155
- Noticias 22. (2016). La crónica trata de pensar más las cosas: Martín Caparrós. [Youtube]. De <https://www.youtube.com/watch?v=D6GqDjrG698>

- Ojeda, P. (2013). Construcción de identidades narrativas. Estudio de relatos de dos niños desplazados. *Universidad Cooperativa de Colombia Seccional Cali*, 600-610
- Ramos, J. (2018). Testimonios y repertorios de memoria de Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz de Mampuján. *Revista La Manzana de la Discordia*, 60-70
- Robles, B. (2011). La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropofísico. Cuicuilco. <https://www.redalyc.org/pdf/351/35124304004.pdf>
- Tatjana, L. (2016). La memoria histórica en Colombia y la perspectiva alemana. *Revista Memoria y Sociedad*, 20(40) 44-56